

SABINO CUADRA

ARROJADO A LOS LEONES

Icaria ♣ La mirada esférica

Índice

Prólogo.

Espartaco a la carrera, por *David Fernández* 7

1. Introducción 17
2. ¡Quién lo hubiera pensado! 23
3. La campaña electoral 43
4. Con el Congreso hemos topado, amigo Sancho 59
5. El *modus vivendi* y el estatus congresual 93
6. De la contrarreforma laboral y demás destrozos sociales 127
7. De paces y victorias 147
8. Corrupción, divino tesoro 173
9. Repartir el trabajo y las riquezas 191
10. El atraco a las pensiones 211
11. Momias en el Congreso: el PP de Tutankamón 221
12. Hay que seguir empujando 241

Prólogo

de David Fernández

Espartaco a la carrera

(por San Jerónimo)

[...] he visto cosas que no creeríais. Naves de ataque en
llamas más allá de Orión [...]

Blade Runner

Prolegómenos. Con exactitud meridiana, no recuerdo con nitidez precisa el día en que llamó Sabino para prologarnos si nos prologaba prologar este intento de prólogo. Era noviembre, eso seguro. De un 2013 extensamente intenso. Arrojadados también a la vorágine del circo institucional, el palaciego trasiego parlamentario atropella siempre a toda prisa, circula a trompicones cotidianos y se reitera en un bucle-sonda donde cada día se asemeja en demasía al anterior. En fin, Serafín; que el tiempo se evapora y desvanece, lo urgente no deja nunca paso a lo importante y casi todo es siempre para anteayer. Entre sandalias descalzas e invitaciones a prólogos andábamos, mientras por nuestros lares caían en picado los chuzos de punta de otros —los enésimos— presupuestos antisociales, discurríamos a trancas y barrancas con la pregunta de la consulta sobre la independencia para este 2014 y reseguíamos, sobre todo, las mil brechas de siempre de la calle. Otro muerto —otro más todavía— en el CIE-Guantánamo de Barcelona. Otra

paliza policial en el Raval. Seis millones de euros, que se dice pronto, que la sociedad catalana transfiere cada día, solo en intereses de la deuda, a los mercados especulativos, por cortesía feudal de la tropa-tropelía de la troika y otros leónidos tiburones financieros. Salpimentado todo con cifras de paro de récord, el maldito rayo de los desahucios que no cesa, el territorio hecho burbuja con un megacasino en Tarragona; aderezado con las consecutivas crisis sísmicas del proyecto Castor en la costa de Castelló, el cierre de la televisión pública valenciana y la ejemplar huelga de docentes en las Illes Balears. Y, pozo sin fondo, todas las desigualdades sociales cotizando al alza. Realidad tristeza todavía y, con todo y contra todo, calle esperanza.

Aun así, en las tangentes aún tangibles de la solidaridad y el apoyo mutuo, donde nunca existe el no, la respuesta inmediata a un Sabino arrojado a los leones fue un indubitado sí categórico a prologar sus vicisitudes. Solo faltaría. Y aunque ateos y laicos, no pudo ser hasta el parón navideño —campanitas de Belén en la Palestina ocupada— que —lápiz en mano, ojos abiertos y boca cerrada— pudimos leer las contracrónicas rebeldes de cómo Sabino cuadra el círculo en el teatro de todas las vanidades. Batiéndose en tierra gladiadora, sonrojando a los leones de sus vergüenzas y reseñando dos añitos ya —24 meses, 104 semanas, 730 jornales y tantas otras noches— de cómo el mal gobierno —el mal poder, una de piratas y ladrones, los capi di capi y los machos-alfa de la inquisición— se lo pasan todo por el arco. También por el arco parlamentario. Que es como decir por la testosterónica entrepierna institucional de un poder siempre masculino.

Esa es la breve síntesis drástica, práctica y cáustica de *Arrojado a los leones*. La bitácora social de un tiempo vivido a contrapelo,

el cuaderno de campo de un navarrico resistente en hipócrita territorio hostil y los apuntes de puño y letra —desde abajo a la izquierda— de Espartaco a la carrera en la ardua arena de las Cortes. El indignado diario de abordó, personal pero transferible, del desembarco de Amaiur en la carretera de San Jerónimo, en la aún inacabada carrera hacia la plena libertad política y la apremiante justicia social. Un desembarco, como bien nos recuerdan Sabino y su chupa negra de cuero, que enviaba a la papelera de la historia una década entera de ilegalizaciones-mordaza, apartheid electoral en la UE en pleno siglo XXI y enloquecida proscripción maccarthista en tierras vascas.

Autoretrato retractil con retranca, mirando siempre atrás para poder seguir siempre adelante, por las páginas que vendrán —y con una imprescindible socarronería jatorra a prueba de ministros, lacayos y bayonetas— Sabino otea, desgrana y aclara, con alternativo rigor, los inmisericordes rigores del régimen que nos asedia. Del «hecha la ley hecha la trampa» para con Amaiur, al negocio persistente de la corrupción —que ya no es del sistema, sino el sistema mismo—, a una de borbones y bribones, pasando por el sempiterno esperpento de Valle Inclán y desmenuzando la ofensiva neoliberal que, en todos los frentes, en toda regla y completa desregulación, todo lo muelen y demuelen. A palos con las tijeras. Con las tijeras a palos. Cuando nunca tan pocos habían robado tanto, en tan poco tiempo, a tantos. Y con tanta impunidad.

Y entre tanta intemperie y desolación ante tanto Atila del Poder, ahí está la mirada nítida, indómita y atónita de un arrojado —será por rojo, digo yo— a los leones. Con una narrativa navarrorum que combina sólidamente lo político y lo personal —que el feminismo ya aclaró que era lo mismo años ha, aunque algunos no se enteren—,

en una crónica mixturada que nos sitúa en el dilema siempre antagonico, a menudo perverso, cuando no surreal, que confronta la realidad a pie de calle y las fantasías virtuales del Poder. Su mundo y el nuestro. Los de arriba y los de abajo. La misma pelotera inacabada de siempre —cuba si, yankies no— de todos los tiempos y de todas las batallas libradas y por librar. El bodegón resultante inquieta tanto como tanto desespera. Voilà: hachas de guerra en tiempos de paces, poderes que se autoindultan, bancos que nunca pierden, princesas en apuros, sobres que vuelan, CIES que matan, deudas que ahogan y cavernas que rugen.

Y frente a ello y su despelotado rey desnudo, con insumisa irreverencia y resistente sonrisa, *gure* Sabino enfoca la radiografía con justo atino y traza con garbo la imprescindible cartografía de los abusos de sus señorías, para no perderse en la pervertidora maraña de la enredadera institucional. Con tiempo fértil, a pesar de todo y de todos los pesares, para refugiarse, tomar aire y poder respirar el viento sur del otro Madrid —el resistente, el autónomo, el desobediente— y de la Andalucía rebelde que nunca han dejado de estar ahí. Afiliado el bueno de Sabino a la recurrente cita de San Ambrosio —«el que es rico, o es ladrón, o es hijo de ladrones»—, en los Països Catalans solemos citar similar evangelio, pero de Sant Lluç: a los que más tengan, más les será dado; a los que poco tienen, con nada se les dejará. Algo tendrá que ver San Agustín con esta citología tan impropia y alejada, aparentemente, de espacios emancipatorios como la izquierda independentista vasca y catalana, pero es que Agustín de Hipona —despojémosle al menos de su santidad— ya apuntó y esclareció, siglos ha, que si los gobiernos se abstraían de la acción de la justicia, negándola, solo quedaba entonces una panda de ladrones y piratas. Buen resumen. Del ayer y del hoy. Mientras

aún seguimos teniendo, como recitara Mahmud Darwix, lo que más les preocupa: el mañana.

Las trompetas, hoy por hoy, suenan a fin de ciclo, apuntan a fin de régimen, musican agotamiento y diagraman encrucijada histórica. Veremos esta vez hacia que lado cae el muro, que todo es posible, lo sublime y lo terrible. Y solo serán la activación popular, la desobediencia civil y la construcción social de alternativas quienes puedan decantar la balanza hacia una libertad que sin justicia no será tal. Mientras tanto, pasen y lean, revisen y escudriñen, todas las contradicciones y tensiones que asolan a la vigente democracia, antes dictadura, birlibirloqueada en 1978 y trasmutada en (in)copiable modelo mundial por el arte espeso y denso de aquel matón llamado Transición. En un Congreso, metáfora consubstancial a Torquemada y sus secuaces, donde el único cuadro que remite a las resistencias castellanas es, paradójicamente, el fusilamiento de los comuneros. Bravo, Padilla, Maldonado en las paredes-paredón del poder. Ver para creer.

En fin, Pilarín. Huelga decir —aunque huelgas harán falta unas cuantas más para salir del atolladero neoliberal de una crisis que es fraude y estafa al mismo tiempo— que la lectura ha sido un auténtico espejo donde reconocerse plenamente y un imprescindible manual práctico para los próximos que vendrán, en este relevo y equipo colectivos que son nuestras luchas. Espejo y manual decimos, porque los recovecos del alma que narra Sabino en primera persona son también (con idéntica sonrisa, qué le vamos a hacer) los vividos por Quim, Isabel y servidora de ustedes desde que la CUP-Alternativa d'Esquerres irrumpiera en el Parlament en noviembre de 2012 con tres diputados. Aquí enseguida rebautizamos la cosa como Matrix. Otra (ir)realidad. Cosas de otro mundo. ¿Qué hace un tipo cómo

usted en un lugar cómo este? Y qué bien nos hubiera ido este libro-maestro de Sabino entonces. Entonces dijimos —y nos ratificamos ahora, un año después— que nuestra esperanza sigue depositada en la calle, no en los palacios de poder; que el parlamento no está a la mínima altura de la sociedad que dice representar; que la lucha institucional (no municipal) es solo un instrumento más —solo uno más, adicional y complementario, que opera como altavoz— en la caja de herramientas plural del anhelado cambio político y social; que hoy es el tiempo del mañana; que urge desalojarlos y construir nuevas instituciones políticas comunes así como nuevas prácticas democráticas, que nos permiten autogobernarnos y autodeterminarnos. Que, finalmente, el Caballo de Troya —tres personas de la CUP-AE o siete en el caso de Amaiur— no son nada ni nadie, sin aquello inversamente proporcional. Lógica alterna y alternativa, su potencial no reside nunca en sus portavoces transitorios, sino en las espartanas y espartanos —126.000 votos en el caso de la CUP-AE o 333.000 en el caso de Amaiur— que se votaron a sí mismos en clave colectiva y emancipatoria.

Casualidades animales, leones de plomo y presas de otras fieras, nunca dejó de parecernos profundamente sintomático que el Parlament de Catalunya colindase, puerta con puerta y dejémoslo ahí, con el Zoo de Barcelona. Mi familia y otros animales, que diría Gerald Durrel en las lecturas de nuestra infancia. Sea como fuere, hay un hilo rojo directo —rojo tenía que ser, tocado de negro libertario— que une y aúna ambas experiencias, las de San Jerónimo y las del Parc de la Ciutadella. Y las convierte en casi calcadas. Con idénticas sensaciones personales, tal cual las cuadra Sabino: iguales vértigos de responsabilidad, similares vivencias de «pa' qué te metes, Manolete» y mismas dudas y certezas. También, obviamente, esce-

nas repetidas en el terreno colectivo: del ninguneo mediático a las invitaciones trágica-cómicas, hasta el estéril sainete de las modas, las corbatas del poder y la lucha de clases: un día alguien nos dijo «no tenéis clase», a lo que solo supimos responder «y tanto que sí, la nuestra, que no es la vuestra». Puertas pa' adentro, por estas latitudes también hay asambleas enteras que de la noche a la mañana te la endosan colectivamente, «camaradas P» que te sueltan «animo chaval» ante campañas electorales de infarto y compañeros —y a pesar de todo, amigos— que te envían a guerras imprevistas con un solo palillo. Y arreando, que es gerundio. En esta maratón zapatista colectiva a relevos, donde el camino es largo, hay que hacerlo entero y solo es posible entre todas y todos.

Acabáramos, va. «Amaia da hasiera, hasiera da amaia» que dicen en Euskal Herria. Y claro está que habrá que ir acabando. Escribir siempre es desnudarse y de las palabras de Sabino, lo mejor, con todo, es ese ineludible sentido del humor resistente —desobediente y resiliente— que rezuma todo el libro y que tanto evoca al hijo de Juanita Gerrikabeitia, que no es otro que Jon Idigoras. Saber reír y saber reírse, en primera providencia y como primera consigna, de nosotros mismos. Y seguir aprendiendo para pasar el testigo a los que vendrán en las mejores condiciones posibles. Eso es de lo bueno lo mejor de todo proyecto compartido y colectivo: saber de dónde venimos y a dónde vamos si llegamos. Ese seguramente es el quid de la cuestión. En la sociedad del espectáculo, la imagen niega la realidad. Todo lo que hay detrás. Y más allá de flashes, tribunos y tribunas, nuestra realidad cotidiana sería imposible sin el permanente trabajo en red, sin unos equipos colectivos de órdago y sin una trama humana que replica en cada barrio y comarca. Sin ellos sería un imposible. Ellos son los imprescindibles.

De todo lo compartido, no sé qué opinara Sabino al respecto, pero el mejor y más lúcido consejo que una compa nos dió a los pocos días de la entrada de la CUP en el Parlament fue breve y concreto. Con tez seria y honda voz emitió un sincero, lacónico e inacabado «por favor, no os canséis...». Más joven, como Sabino, esto es con más juventud acumulada que nosotros, sabía de lo que hablaba: esa sorda guerra de desgaste, la arrogancia del muro, lo perverso del poder, lo soberbio indecible, la rutina diletante, la inercia insondable, la santa paciencia...

Y como en política las casualidades no existen y si existen han sido perfectamente planificadas, coinciden en los estertores de este prólogo tres coincidencias análogas de lo vivido y narrado por Sabino. Casi en paralelo. Mientras se escribe la presente, nos llega la invitación militar oficial para el desfile de Pascua Militar en Barcelona, donde se indica y ordena —y mando— que la autoridad civil masculina deberá lucir traje oscuro en la tribuna. Mientras se escribe la presente, soberanías secuestradas, es la UE quien anuncia la imposición de una nueva reforma laboral en el Estado español. Y mientras se escribe la presente se fragua y consume la peor ofensiva ideológica profunda de los neocón del ejecutivo español. Triple ráfaga por el Imperio hacia Dios. Ley del Aborto Gallardón, Wert españolizando a los súbditos y Ley Fernández Díaz de Seguridad. Unidad mercantil de destino en lo policial ante la que solo cabe reclamar y exigir la plena libertad política —la independencia— de nuestros respectivos pueblos.

Escribía Rosa Luxemburg, cuando estaba presa, que «aquello importante en la vida es no perder nunca perspectiva, verlo todo como un todo, mantener la calma y no dejar nunca de esbozar una tímida sonrisa». Y antes de empezar, Sabino ya avisa. Nunca hay

que dejar de empujar, ni bajo las peores circunstancias. No solo para que dejen de robar libertades ajenas y patrimonios sociales comunes, sino y sobre todo para que nos devuelvan todo lo robado. Para ello habrá que alzar la voz y levantar la palabra, lo primero que nos quisieron usurpar y lo que Sabino recupera. Punto y seguido en la lucha de los pueblos y última (y feliz) coincidencia, a pesar de todo y de todos los pesares. Se cursa la presente en primero de enero de 2014, que retrotrae directamente a 1994. Tocados por el fuego y la palabra zapatistas —allí donde «el pueblo manda y el gobierno obedece», donde «entre todos, todo»— la única síntesis posible de nuestros quehaceres, auzolanos y menesteres coyunturales se resume en lo inscrito desde la rebeldía del sudeste de Chiapas: detrás de nosotros, estamos ustedes.

Mientras vamos haciendo las maletas y urdiendo líneas de fuga comunes ante tantas desvergüenzas, mientras tanto, pónganse el casco para entrar en las Cortes, preparen la sonrisa y agiten el cambio que vendrá. Que ya queda (un día) menos. Y a Sabino y todo el equipo, mila esker ta zorionak por resistir un día más.

Animo ta aurrera, txapeldun.

Venceremos.

Països Catalans, enero de 2014

Introducción

La culpa no fue del chachachá, sino de alguien que había leído una de las «Crónicas congresuales» que comencé a enviar a distintos medios de comunicación y revistas alternativas de todo tipo comentando las incidencias que íbamos teniendo en el Congreso, el ambiente que allí se respiraba, las intervenciones que hacíamos... Pues bien, fue esta persona —ahora no recuerdo quién fue en concreto— la que me dijo: «Cuando termines tendrás como para escribir un libro, ¿no?».

La idea no me pareció mal. Con el paso del tiempo volví a pensar en ello y, como quien no quiere la cosa, comencé a apuntar datos en una pequeña libreta que llevaba conmigo. Más tarde fui viendo que aquello iba tomando un tamaño considerable y me planteé más en serio lo del libro. Lo comenté inicialmente con Begoña, mi compa, a quien le pareció una buena idea, y luego hice lo mismo con Urtzi, nuestro responsable de comunicación en Amaiur, quien aparte de bendecir el proyecto prometió incluso colaborar recordando sucesos, ayudando a la hora de recuperar materiales y aportando opiniones y juicios.

Sin embargo, no hizo falta esperar a que finalizara la legislatura. A principios de junio de 2013, pasado tan solo año y medio de nuestra presencia en Madrid, la decisión estaba ya tomada. Había material más que suficiente para escribir el libro, así que lo intentaríamos y, caso de que el empeño no fructificase, allí quedaría en

una carpeta guardado para cuando nos entren las nostalgias de los ochenta años y nos dé por algo más que revisar los álbumes y colecciones de fotografías.

Lo del título fue un «pronto». Es lo primero que me salió antes siquiera de empezar a pensar en el contenido y en la propia estructura del libro. «Arrojado a los leones». Me gustaba, tenía su cosa, sonaba fuerte. Además reflejaba bastante bien cómo me sentía: un pequeño gladiadorcito enviado a combatir en las arenas del circo con aquellos dos pedazo leones que custodiaban la entrada del Congreso.

Pensando en ese título recordé una anécdota de los dos años en los que estuve en Madrid (cursos 66-68) haciendo Ingeniería Industrial. Participaba yo entonces en el SDEUM (Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Madrid) y en los denominados CAI (Comités anti-imperialistas), con implantación estos segundos en buena parte de las Facultades y Escuelas de la Universidad de Madrid.

En la Escuela se habían realizado recientemente y por primera vez elecciones al margen de las estructuras del franquista SEU (Sindicato —único— de Estudiantes de la Universidad) y no parábamos de denunciar la dictadura franquista y la situación política general que se vivía en aquellos años: represión policial y social, falta de libertades... En los CAI nuestra actividad prácticamente exclusiva era hacer propaganda contra la agresión yanqui en Vietnam (murales en la Escuela, regadas de panfletos), al alimón con toda la lucha que a nivel internacional se llevaba en los propios EEUU, Europa, Latinoamérica... Eran los tiempos del «¡Hagamos uno, dos... cien Vietnam!», lanzado por Che Guevara y nosotros tratábamos de hacer realidad aquella consigna.

Pues bien, era una tarde-noche en la que habíamos salido a pegar pegatinas hechas manualmente con papel engomado de envolver y

una imprentilla casera. No recuerdo muy bien de qué iba el texto, si de «¡Abajo la Dictadura!», de «¡Fuera yanquis de Vietnam!», o de cuarto y mitad de cada. Había que ensalivarlas previamente antes de pegarlas, labor en la que se te iba media lengua y tres cuartas partes del sentido del gusto. Pues bien, el recorrido pegatinero estaba llegando a su fin cuando, sin saber muy bien de dónde y cómo, aterrizamos en la Carrera de San Jerónimo, junto a las Cortes franquistas de entonces, hoy Congreso de los Diputados.

Era, evidentemente, una insensatez, pero a pesar de ello, tan pronto como se nos ocurrió la idea nos pareció genial: teníamos que colocar una pegatina en la bola de uno de los leones. Y digo que era una insensatez porque por aquello te podía caer una de «propaganda ilegal» —seis meses a seis años—, con la agravante en nuestro caso de recibir una manta de hostias por el recochineo a la sagrada patria que todo aquello suponía.

A nuestro favor jugaba que entonces no existían cámaras de vigilancia y tan solo una pareja de «grises»¹ hacía ronda perezosamente yendo de león a león, media vuelta y repetición de la jugada. Pronto, además, la suerte se alió con nosotros. Sin saber muy bien cuándo ni cómo, uno de los dos grises desapareció. Era el momento, pues se cumplía así uno de los más importantes principios de la guerra de guerrillas que consiste en atacar tan solo cuando nuestras fuerzas son muy superiores a las del enemigo y se cuenta además con el factor sorpresa.

Nuestra acción se componía de tres fases perfectamente definidas: aproximación, acción relámpago y retirada. Mientras la mitad del co-

1. «Grises»: se llamaba así a los miembros de la entonces denominada «Policía Armada» por razón del color de sus uniformes.

mando, o sea, el otro, cumplía tareas de mera vigilancia y despiste, la otra mitad, o sea, yo, tenía que cubrir las tres fases antes citadas y estampar en la bola del león aquella pegatina.

¿Qué tiene que ver todo lo anterior con el título de este libro? Pues está claro. La moraleja es sencilla. Así como sobrevivió aquel día nuestro comando antifranquista-antiimperialista a aquella insensata misión, el mero hecho de escribir este libro es muestra también de que no hemos sido engullidos por los leones de aquel circo y hemos sabido salir vivos y airosos, al menos hasta la presente fecha, de los deberes que nos puso la gente que nos votó cuando fuimos enviados a Madrid.

Desde la tribuna del Congreso no hemos tratado de convencer a la mayoría allí presente —el PP— de la bondad de nuestros argumentos, sino denunciar la hipocresía sobre la que se asentaban los suyos. El destinatario de nuestros mensajes ha sido la gente de la calle con la que, a pesar del inmenso boicot informativo que hemos padecido por parte de los principales medios de comunicación, hemos pretendido conectar.

Nuestro objetivo ha sido llevar a Madrid, al Congreso, los problemas que tenemos, las reivindicaciones que nos mueven, los sueños a los que no renunciamos y el futuro de libertad, soberanía, justicia y solidaridad que queremos para nuestra Euskal Herria querida. Y partiendo de este presupuesto, tratar de tender un puente que sirva para estrechar lazos con todas las aspiraciones y luchas similares, soberanistas, democráticas, sociales y de izquierdas existentes en el resto del Estado español.

En cuanto al contenido del libro, este es una mezcla poco original de cuatro ideas sueltas que todavía me quedan, de distintos artículos que he ido publicando durante este tiempo, de las intervenciones que

he tenido en el Congreso y de unas cuantas experiencias personales que he vivido desde que aterrizamos en el hemisferio. Que nadie espere pues encontrar en los distintos temas que se abordan grandes y profundos trabajos teóricos, porque no lo conseguirá. Eso sí, al que le guste la menestra, la paella y la ensalada variada espero quedará servido. Confío haber acertado mínimamente a la hora de elegir sus ingredientes así como con el punto de sal y de cocción. On dagizuela!²

En cualquier caso, nada de lo que aquí se dice y refleja podría haber ocurrido nunca si no hubiera sido por el oxígeno que día a día nos ha ido insuflando multitud de personas a quienes no pondré nombre, sino referencias, para no caer así en la gran injusticia que supone olvidar el de alguno de ellas. A toda esa gente va dedicado este libro.

A la peña de mi cuadrilla, del barrio y de mi ex curro; a mis antiguos compas de LAB, mi sindicato; a toda la canalla que he conocido en Madrid (Lavapiés, Vallecas, Carabanchel...); a los mineros y mujeres de Langreo; a los huelguistas de hambre de Telefónica, de Barcelona; a la gente catalana, castellana, asturiana, andaluza, gallega con las que he compartido charlas, reuniones y cervezas; a toda la delincuencia de «La Comuna» y gentes de la querrela argentina contra los crímenes del franquismo; a esa otra gente que te saluda por la calle y te da ánimos; a las gentes de Elgorriaga y Malerreka, mi tercera patria chica; a la delincuencia social organizada que pulula por Zabaldi³ (sobre todo a sus chicas), Auzoenea, la Herriko y, en general, por Alde Zaharra y la Iruñea vital y subversiva; a la Nafarroa indómita cosida de pueblos y gentes rebeldes y fraternales

2. «On dagizuela»: ¡Que os aproveche!

3. «Zabaldi»: centro social internacionalista; «Auzoenea»: centro vecinal comunitario; «Herriko»: taberna popular; «Alde Zaharra»: Casco Antiguo de Iruñea.

con las que he podido compartir vivencias e ideas en las charlas a las que me han invitado.

Y también a los cientos de delegados y delegadas sindicales, así como tantos y tantas concejales a quienes les ha tocado la difícil papeleta de hacer política de izquierdas en estos tiempos de crisis; a mi familia, madre y hermanas queridas, primas, sobrinas, cuñados y demás pegados que tanto me han animado con sus cariños y besos; a toda la peña que pelea en sus grupos y plataformas contra los desahucios, los recortes, la represión social y policial; a los presos y presas políticas vascas, sus familiares y amistades; a todas las gentes exiliadas que añoran volver y pisar de nuevo en libertad sus calles y plazas; a la juventud que, con toda la razón del mundo, quiere ir siempre más allá y abrir nuevos caminos...

Por supuesto, no podía faltar en la lista ese puñado de delincuentes con el que hemos conformado en Madrid el equipo de Amaiur, calaña de las peores especies conocidas y compañeros de excepción. Sin ellos los leones me hubieran destrozado en un santiamén: Onintza, Xabier Mikel, Iñaki, Rafa, Helena, Urtzi, Maite, Jon, Iker, Amalur, Alberto, Urko e Iñako. ¡Tela marinera!

Y a Begoña, mi compa, con quien he compartido durante todo este tiempo montón de risas y besos, ideas, iniciativas y alguna que otra depre y discusión. Si no hubiera sido por ella, de mí no quedaría ahora ni el recuerdo. ¡Va por ti, Gordita!